

La voz de las comunidades

“Cuando tú ayudas al prójimo te llenas espiritualmente”

Carlos Murga*



Aida Pérez.

CARLOS MURGA

Aida Pérez tiene 65 años y vive actualmente en El Junquito. Es voluntaria de la Pastoral Social de la capilla Nuestra Señora de la Esperanza, ubicada en Carapita, desde hace veinte años. Por esta labor le fue otorgado un reconocimiento de parte de Fundalatin como Hacedora de Paz. Esto la tomó por sorpresa porque “cuando uno trabaja por la comunidad hay una premisa fundamental: que lo que haga tu mano derecha no lo sepa la izquierda”. Para ella, el reconocimiento esencial lo obtiene al ver las sonrisas de las personas que la saludan diariamente en la comunidad que es lo mismo que decir su familia

—¿Cómo te involucraste con las actividades pastorales y comunitarias?

—Yo vivía en la parte de arriba de Carapita. En aquel momento no sabía que existía una capilla en la comunidad. Entonces un día viene el padre Wilfredo en un viacrucis y salgo yo y me le vine atrás. Hasta la fecha de hoy estoy allí. Ya tengo veinte años trabajando en la capilla. Allí empecé a participar todos los domingos.

Luego la hermana Angélica, que es africana, específicamente del Congo, me dijo: “Señora Aida yo quiero que usted trabaje con la pastoral social de adultos”. Yo le decía a la hermana: “¡Ay hermana!, yo no me atrevo a enfrentarme a ese grupo”. Yo en aquel momento no sabía cómo les iba a hablar. Entonces la hermana me decía: “Eso es fácil, tranquila. Usted recibe su catequesis los sábados y la explica el domingo”. Luego di catequesis de comunión y después de confirmación. A todo esto siempre le hemos unido las labores sociales donde todos participamos.

—Una gran inspiración cristiana atraviesa su vida...

—Sí. A mí siempre me ha gustado ir a la Iglesia, desde que era pequeña. Mi abuela siempre nos inculcó eso. Participé en la iglesia de Antímano y luego en la de Macarao. Todos en mi familia participábamos en las actividades de la Iglesia. Es una inspiración que siempre he tenido.

Fíjate que allá en la comunidad nosotros teníamos un negocio. Cuando ocurrió el sacudón (el Caracazo) la gente no nos saqueó. Más bien nos ayudaron a cuidar y a resguardar para que no se metieran con nosotros y no nos saquearan el negocio. La gente reconocía lo que hacíamos. No es que quiera darme mérito, pero yo le daba comida a la gente que no tenía. Entonces todos sabían quiénes éramos. Desde allí yo tenía esa sensibilidad por los demás, por dar al otro.

—¿Cómo fueron los inicios de tu labor desde la capilla?

—Mira, el trabajo con la comunidad era difícil. Uno iba como con miedo. Desde la capilla, allí mismo en la parte alta del barrio, íbamos visitando casa por casa. Y fue poco a poco, todo muy progresivo. Porque en un primer momento la gente no participa o no ve la importancia de esta labor. Nosotros íbamos casa por casa para invitarlos a la Iglesia. Uno se encontraba con que había jóvenes y personas adultas que decían ser católicas pero no tenían ni siquiera el bautizo. Y cuando uno les preguntaba nos respondían diciendo: “bueno porque ahora eso no se usa”. Entonces uno les va explicando la importancia y el sentido de esos sacramentos.

—¿Qué los llevaba a hacer visitas casa por casa?

—Íbamos a las casas porque la gente no se acercaba a la Iglesia. Cuando se inició esa capilla era por inspiración de las Hermanas Misioneras de Cristo Jesús. Ellas empezaron en la escuela *17 de Diciembre* con la participación del padre Azagra. Después empezó a ir el padre Wilfredo. Según recuerdo a él le dieron un permiso. En ese momento estaba recién ordenado y dijo que sí podía ir un domingo y luego otro y allí se quedó diez años. Ahora estamos con el padre Jesús María que es un amor.

Siempre hacemos las visitas casa por casa. Por lo menos con las hermanas se dan los cursos bíblicos directamente en las casas. De hecho, hay un señor ahorita que decía que no creía en Dios. Está postrado en cama. Las hermanas lo fueron visitando hasta que un día dijo: “está bien, tráiganme al padre”. El padre Jesús María lo visitó y de hecho le lleva su comunión todos los domingos. El señor cambió a partir de ese acompañamiento.

—Que linda historia... ¿Y qué otras actividades realizan?

—Son veinte años de labores. Se hacía y se hace de todo. Por ponerte ejemplos, en esa capilla hicieron, conjuntamente con la UCAB, labores de apoyo para las tareas dirigidas. Hubo una época en que participaban allí más de cien niños. Todo eso fue gracias al trabajo voluntario de los estudiantes de la UCAB. Se lograron además conseguir computadoras para dar clases de computación.

Cuando ocurrió el deslave de la Guaira ayudamos a mucha gente porque hay una parte que se llama El Refugio que se hundió, las casas se cayeron y la gente estuvo en el colegio *17 de Diciembre*. Se buscó apoyo de la UCAB para ayudar a las personas damnificadas. Siempre hemos trabajado en la labor social. Con los enfermos,

siempre los visitamos en sus casas y en los hospitales. Y cuando se necesitan ayudas económicas hacemos rifas, colectas y con eso tramitamos los apoyos. También para los entierros.

Allí uno tiene que hacer las convocatorias y apoyar toda la organización. Por ejemplo, vamos a organizarnos para una jornada de salud: coordinar todo, hacer las convocatorias, recibir a la gente de fuera, preparar toda la jornada. También si se va a hacer una jornada de limpieza, actividades culturales y deportivas, jornadas tipo verbenas para recoger fondos. Todo eso lo coordina la parroquia. Yo me he venido encargando de todo este tipo de actividades. Poco a poco se va haciendo de todo un poco.

—Una amplia gama de labores comunitarias...

—Sí. Gracias al apoyo de muchos. Con Angélica se lograron conseguir recursos para la construcción de la otra capilla. Cuando yo llegué eso era un salón en una pequeña casita con láminas de zinc. Uno tenía que ver donde conseguía un espacio para no mojarse. Incluso para subir al espacio de arriba uno tenía que entrar por una pequeña ventana. Todo eso fue cambiando poco a poco. Este 14 de marzo ya cumplirán veinte años.

—¿Cómo ve la gente de la comunidad a la capilla?

—La gente de la comunidad siente que la capilla ha cambiado. Sienten que les gusta como el padre Jesús María da la misa. Y bueno, a veces son reacios a traer a los muchachos a la catequesis pero al final los traen. Ahora están acostumbrándose a la nueva modalidad de trabajo de las hermanas que acaban de llegar.

Yo digo que la capilla tiene algo que hace que todos se queden. No sé si es por la comunidad o es como el padre da la misa. El padre Jesús María siempre hace o dice alguna cosita que la gente termina riéndose. Él dice que hay que comprar unos ganchitos para la gente que no se ríe y que así se estiren. Algo tiene la capilla porque yo llegué hace veinte años y hasta el día de hoy estoy allá.

—Una trayectoria sostenida durante mucho tiempo...

—Sí. Yo creo que he logrado ver todo el proceso de esta capilla. Desde la gente que va quedándose un tiempo y que luego se va por distintas circunstancias, hasta los cambios de autoridades. Me pasa lo mismo en el Vargas, el doctor que me ve allá me dice: “Aida, a mí este año me jubilan del hospital”. Y yo riéndome le respondo: “A mí me van a jubilar es de allá arriba”. Uno hace todo esto porque le nace del corazón.

—Eso se ve y se siente... Cuéntame un poco sobre el trabajo de la catequesis.

—Yo doy catequesis para confirmación con grupos de jóvenes y a veces se hace difícil. Yo tuve un grupo de jóvenes donde no se trataban entre ellos, hembras y varones, eran enemigos. Y yo ponía a una joven a leer y otro grupo se burlaba. Yo le decía a la hermana: “Voy a tirar la toalla porque no sé cómo hacer para que se traten bien”. Me esforcé muchísimo y al final todos eran amigos.

El trabajo con jóvenes dura aproximadamente un año, aunque ahora nos están exigiendo dos. Esto consta de reuniones semanales luego de la misa. Hay catequesis con jóvenes y con la familia. Es un espacio de reunión y reflexión, cada quien con su grupo. Algunas personas desertan pero la gran mayoría termina todo el proceso para recibir sus sacramentos.

—¿Cómo ve la comunidad hoy día? ¿Cómo ve el barrio donde ha trabajado durante tanto tiempo?

—Mira me preocupa mucho la juventud del barrio. Para mí todo eso tiene que ver directamente con la familia. Mientras la familia no cumpla con su rol educativo serán muy difíciles los cambios. La otra vez yo le llamé la atención a un niño que estaba peleando con otro y hablé con su mamá. Le expliqué la situación y ella me dijo: “No señora Aida es que yo le digo a él que no se deje pegar por nadie”. Fíjate, están criando para la violencia. Yo siempre les digo: “Educa al niño para que no te castiguen al hombre”. A pesar de esto, yo veo que hay muchos jóvenes que están en la búsqueda de algo más. Varios jóvenes han llegado hasta la capilla por inquietudes personales, incluso sin el apoyo de los padres.

—¿Qué queda después de tantos años de trabajo en la capilla?

—Lo que me queda es paz interior. Porque si yo puedo hacer una cosa y dejo de hacerla me siento mal. En cambio cuando tú ayudas al prójimo te llenas espiritualmente. Yo siempre le pido a Dios: “No me des carga liviana sino un buen hombro para cargar”. Para cargar las penas de la vida. Yo una vez tuve a un hijo dos años enfermo. Cuando murió yo le di las gracias a Dios por habérselo llevado. Realmente daba dolor verlo sufrir tanto. Tuve muchos problemas para dormir y estaba muy mal. Yo dije: “Tengo que hacer algo”. Entonces tomé un cuaderno y me puse a escribir. Después que llené todo ese cuaderno lo tomé y lo quemé. Con estas cenizas se borra todo y voy a reiniciar otra vez lo que a mí me gusta que es trabajar por la comunidad. Estando y trabajando por el otro uno recibe mu-

cho, sobre todo paz interior. Uno queda recompensado de nuestras propias penas.

Yo a veces pienso en la gente que no se relaciona con los otros, con la comunidad. Me pregunto ¿qué vida tendrán? Esa persona indiferente que ni siquiera da los buenos días o una sonrisa al otro. Creo que se olvidan que Dios nos dio la vida. Nos dio el don de que podamos ver el sol todos los días. Eso es un milagro por el cual hay que estar agradecidos. Lo maravilloso de poder ver cuando hay otros que son ciegos. De poder tener dos buenas manos cuando hay otros que son mutilados.

*Coordinador del programa de Fortalecimiento para las Comunidades Organizadas (FOCO), del Centro Gumilla.